



# ESPORA

No. 35



¿Cómo harán los que escriben?  
¿Cómo lograrán que sus palabras los obedezcan?  
Las mías van por donde quieren, por donde pueden

El libro vacío, Josefina Vicens

## CARTA EDITORIAL

...

Cada ficción contiene sus realidades. La escritura nos permite encontrarlos e identificamos. Sin embargo, no dejan de ser creaciones. Aun cuando tengan bases en la realidad, existe un grado de imaginación propia, así como una manera personal de contar.

En este número hacemos un homenaje a las ficciones y sus realidades, con un especial de cuento. Aquí se incluyen escritos de los estudiantes de nuestra universidad, con la participación de los ganadores del concurso literario "Los días enmascarados", en su modalidad de narrativa.

Esperamos que nuestras realidades sigan siendo contadas, incluso cuando contengan cierta fantasía. Que el lenguaje y la escritura siga siendo una forma de sobrevivir a la actualidad y los terrores que la acecha.

Diana Valeria Enríquez Vega,  
Gabriela Mulia Jiménez, Jefas editoras

## DIRECTORIO

Editor responsable  
Clemencia Corte Velasco

Editoras responsable de este número  
Diana Valeria Enríquez Vega  
Gabriela Mulia Jiménez

Consejo Editorial  
Josué Betuel Hernández Pérez

Dirección de diseño  
Diana Paola Roldán Ochoa  
Martha Alejandra Leal Aburto

Diseño  
Diana Paola Roldán Ochoa  
Teresa Santos Reynoso  
Alexa Orive Coronel  
Patricia Elizabeth Segovia Frankenberger  
Oscar Mariano Franco Nuño  
María Paula Alamilla González

Comunicación  
José Carlos Antonio Colohua

Colaboradores  
Karin Jung  
Keren Seres  
Josué Betuel Hernández Pérez  
Diego Barrera del Angel  
Alexia Stephania Stuebing Domí nguez García  
Juan Carlos Pérez Mijangos

Portada  
Martha Alejandra Leal Aburto

ESFORA, Año 7 No. 35, es una publicación editada por la Universidad de las Américas Puebla a través de la Escuela de Artes y Humanidades. Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, San Andrés Cholula, Puebla, México, 72810, tel. 222.2292000, www.espora.udlap.mx, esporarevista@gmail.com. Editora responsable: Clemencia Corte Velasco. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo no. 04-2016-102014364800-102. ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Diana Valeria Enríquez Vega, Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, 72810, San Andrés Cholula, Puebla, México. Fecha de última modificación: 14 de enero del 2023. Queda prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, del contenido de la presente obra, sin contar con autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor. Los artículos, así como su contenido, su estilo y las opiniones expresadas en ellos, son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan la opinión de la UDLAP.

# ESFORA

NÚMERO 35

POESÍA

CUENTO

ENSAYO

MICROFICCIÓN

## ÍNDICE

- 6** **Atrapar renacuajos**  
Karin Jung
- 8** **La Caza**  
Keren Seres
- 14** **El buen Metinides.**  
Josué Betuel Hernández Pérez
- 18** **Cempohualxochitl**  
Diego Barrera del Angel
- 22** **Cruz el muerto**  
Alexia Stephania Stuebing Domí nguez García
- 27** **Los ojos de La Muerte**  
Juan Carlos Pérez Mijangos

| Karin Jung

# ATRAPAR RENACUAJOS

Hilos de agua en el lodo. El chapoteo de mis zapatos y la humedad hasta mis calcetas. Su jadeo contra mi hombro, cosquillas en mi abdomen. Disfruté sus nervios. Mis dedos entre sus cabellos. Respiré profundo.

“¿Entonces sí quieres hacerlo?”. Aguanté la risa y oculté mi cara en su cuello. Lo abracé y dejé que pensara lo que quisiera. Fingía, gemía y tocaba. Cuando llegábamos a este punto, simplemente me volteaba, cerraba los ojos y dejaba mi cabeza caer. Nunca a más; había voces en mi cabeza. Muchas palabras que golpeaban todo lo que hacía, destruían lo que pensaba y juzgaban lo que era. Una vez más intenté ignorarlas.

Sus manos en mis muslos y sus labios en mi cuello. Comencé a contar los segundos mientras divagaba. Pensé en cómo había llevado ahí a Thanya, en ella escribiendo el nombre de otro en el lodo antes de besarnos, en mí y que nunca llevé a Yoseline por preferir besarme con su primo. Cuando era niña, mi mamá me contaba cuentos de cualquier cosa. Íbamos en el coche y yo veía una casa abandonada: un cuento. Un terreno baldío, una vieja hacienda, la carpa de un circo sin montar o el Zapotecas, siempre un cuento emocionante. Seguro tendrá algo que contar sobre la barranca y el lugar que todos usamos para coger.

Hice memoria. Horas antes, sentada en el sillón beige, jugando con un viejo peluche, hasta que llegó. Propuso ir a la barranca para enseñársela a su prima. Yo me resistí a la idea, intenté escudarme en mi tarea, pero insistió tanto que me rendí; accedí con la condición de que me ayudara a conseguir una rana. Entre extrañas risas, aceptó. Fuimos al patio, agarramos palos y llenamos una mochila con aguas. Miré mi short, pensé en las hierbas y el polvo, pero los pantalones no eran para el calor o el riachuelo. Sus amigos estaban impacientes.

En la entrada el viejo letrero de siempre. La bajada era fácil, solitaria. Sin pena bailamos, levantamos polvo y gritamos hasta que nos dolió la garganta. A mitad del camino quisimos tomar un atajo que nos terminó perdiendo. Regresamos arrastrándonos por un túnel de ramas, haciéndonos bromas con las arañas y cosas que vivían allí. Ellos fingían disimular y yo pretendía no notarlo; sabíamos que la visita de la prima era una excusa. Sus amigos no me habían quitado los ojos de encima, hambrientos. Las palmas me picaban. Tonta al quejarme de los rasguños en mis piernas: todos los ojos en mis gotillas de sangre.

Busqué rutas de escape. Intenté apartarme del grupo, pero él se aferró a mi brazo como un niño a su madre. Callé un suspiro. Sonreí. El resto pasó por alto su insistencia, junto con mi incomodidad. Al menos podremos atrapar algunos renacuajos, me consolé. Quería llegar pronto, mojarme los pies y jugar en el lodo. Jamás había sentido el camino tan largo. Él se ofreció a cargarme, lo pensé un segundo, aunque no tuve que responder. Disfruté el paisaje y lo mucho que había cambiado con cinco centímetros.

Luego de tres vueltas equivocadas, llegamos. La plática cambió su rumbo. Ni siquiera tuve tiempo de mojarme los pies; enseguida hicieron un círculo y se sentaron. Miré el pasto, él puso su suéter, me senté a su lado. Hablaron, reí y contesté preguntas al azar, sin estar muy presente. Sentí una mano dibujando círculos en mi rodilla, pero preferí ignorarla. Me concentré en la maleza y en los negros chapulines que allí vivían. Sus dedos apretaron mi piel, buscando atención. Preferí voltearme. Cerré los ojos, distraída con un zumbido. Estaba fingiendo muy bien hasta que comenzó a tocar mi muslo. Lo miré, sonrió y me dijo al oído: “conozco un lugar”.

Dejé que diera la excusa. Yo sólo me encogí de hombros. Sus amigos se olvidaron de aparentar. Uno se lamió los labios; el resto se mantuvo en silencio. La prima me dedicó una sonrisa. Él tomó mi mano. Fingí seguirlo, pero mi atención estaba en el agua. No alcancé a ver renacuajos.

Sin prisas bajó el cierre de mi short, mastiqué un bostezo, escuché la típica frase de amor y cuidado. Titubeé mi respuesta. Me sabía el paisaje de memoria: a la derecha estaba la roca del primer beso, a la izquierda el tronco con nombres grabados, atrás los arbustos. Todos iban ahí a coger. ¿Cómo jamás me había topado con

otra pareja? Fantasé con interrumpir un día a alguien o, mejor, que alguien nos interrumpiera a nosotros. Aguanté la risa. Nos habíamos separado del grupo con un pésimo pretexto; me sorprendía que no nos hubieran seguido.

Me agarré de una roca, luego cambiamos de posición. Rodé los ojos. Un chapoteo, mis piernas salpicadas de lodo. Él siguió. La mezcilla rozando mis tobillos, la mayoría de su piel cubierta y el viento en mis muslos. Extrañé las paredes. Luego, su voz en mi oído, jadeos lejanos y una revuelta en mi estómago. Que pésimo lugar para hacer esto.

Intenté concentrarme, pero la posición era incómoda, su barba me picaba y las voces estaban ahí, murmurando de la humedad, de sus dedos y del sudor en mis piernas. Golpearon con fuerza en mi pecho. Fijé mi vista en los árboles, mi oído en el agua, el tacto en el musgo y separé los labios. Pero no llegó ningún nombre, ni siquiera una vaga sensación.

Escucho voces. Busco respuestas, no me mira. Por un segundo deseé que nos encontraran.

“Basta” murmuró. Estoy cansada y adolorida; necesito cerrar las piernas y llorar un poco. Él no se mueve. “Quítate”. Obedece. Arreglo mi ropa y empiezo a caminar. No se aferró a mi brazo.

Mi ropa está húmeda. Fue mejor no traer el pantalón; se habría notado más. Paso junto al resto sin mirar a nadie. La prima me llama, yo la ignoro; me iría a casa sin atrapar renacuajos y pateando figuras invisibles. Otro día volvería a buscar ranas.



Keren Seres

# LA CAZA

8

Me han contado, la noche que Darío murió fue una noche singular. Fue una noche caótica. Según ella, con sucesos de los que no se puede hablar, o al menos no a detalle. La noche que Darío murió, estaba viendo box en la tele. Tenía los ojos irritados y parecía decaído, como hartado, como con ganas de irse. Estaba en casa, viendo box en la tele, Darío, y luego murió.

Su hija cruzaba la sala y pasaba delante de él. Lo hizo tres, cuatro veces. Estaba inquieta, tal vez quería llamar su atención. A Darío le incomodó. Darío odió a su hija. Su nombre, Sofía. Tal vez se pensó que la humilde vivienda,

junto al campo, era perfecta para ocultar el escandaloso suceso. La madera ahogaba la luz. Los espacios permanecían oscuros, como si quisieran esconderse. Sí, la forma de (sobre)vivir les era suficiente; sustentados por una pequeña cocina cochambrosa, un par de cuartos fríos y una analógica en la sala.

El hermano de Sofía, Paco, estaba en la cocina haciendo quesadillas para cenar. Ella las quería con jamón, pero no había. En esa casa no había jamón ni comida suficiente. Como muchas veces, Sofía se decepcionó y quiso que su vida fuera distinta.

Su casa era chica, chica como la palabra chi-

ca. Había que cargar cubetas con agua del pozo para bañarse, aunque no era frecuente. Paco le decía que no lo necesitaba; era una niña y aún olía a bebé. Su casa era tan pequeña que podía escuchar de todo y a veces de más. Su padre roncaba, tosía, vomitaba. A veces lloraba, pero en esos momentos Paco la sacaba al bosque.

—¿Quieres caminar, cazar? Voy por el arma Vagaban entre los árboles por horas. Para Sofía eran gigantes. A veces los veía saludar, a veces, caminar. El bosque era tan grande que le aterraba alejarse y perderse, pero Paco la soltaba solo cuando iba a disparar. Él cazaba con un rifle y le enseñó a Sofía a sostenerlo porque tenía curiosidad. Paco después decidió darle un resorte, aunque nada más hería a sus víctimas. No, no era suficiente; Sofía seguía insistiendo en el arma. Ya era una niña grande cuando él la dejó disparar un día. El culatazo la aventó hacia atrás y se golpeó con la raíz de un árbol. Nada grave. Estaba feliz porque había matado su primera presa. Tenía siete años.

Luego cumplió ocho y, en la historia que intenta contarse, ya tenía nueve. Empezó a acompañar a Paco a la ciudad para comprar despensa. A veces la gente se le quedaba viendo. Esa niña parecía criarse a sí misma. Y en gran parte, así era. Sofía no sabía desenredarse el cabello y menos peinarse. Usaba

la ropa que ya no le quedaba a Paco y unos tenis de cuando era más niña. Le apretaban tanto que su pulgar y su meñique se habían torcido. Su papá se rehusaba a comprarle ropa nueva; la infantil y, sobre todo, femenina, era más cara. No valía la pena. Ella se resignó y les tomó cariño a las sudaderas percutidas.

De las pocas cosas que conocía, alternas a su vida, estaban las caricaturas del canal ocho que Darío le dejaba ver para no molestar. Quería eso. Siempre pensó que se merecía algo mejor. Su amiga del rancho se lo había dicho, y Paco antes que ella. Tal vez por eso se encerraba constantemente en su cuarto. Allí había una pared blanca que Sofía observaba hasta el anochecer.

También me dijo que Paco solía contarle historias, que ella tomaba por reales. Llegó a pensar que, si bajaba al sur del río, encontraría sirenas.

—Eres una estúpida —le dijo Darío.

Paco se lo quedó viendo.

—¿Qué? ¿Me vas a decir que no? Me tiene hartado con sus tonterías.

—Es una niña.

—Las niñas crecen y se vuelven como todas las demás viejas. Espérate a que ella también se largue.

9

Sofía no tenía claro qué era ser una vieja y por qué era tan malo, pero sabía que Darío la odiaba por ello. Su hermano le apretó el brazo para llamar su atención.

—No lo eres.

—No le mientas. No hace nada, no sabe nada. Nomás sabe matar pajaritos. Paco azotó en la mesa con las manos y se levantó. Era alto, más alto que su padre, y también tenía brazos fuertes. —¡Si tanto piensas eso, que vaya a la escuela!, ¡déjala que estudie! Darío se desconcertaba cuando su hijo buscaba enfrentarlo, pero fingía no importarle. No quería mostrar que, a veces, sentía la necesidad de ponerlo en su lugar. Como si no tuviera relevancia, lo tomó a la ligera y hasta habló con una tranquilidad que llenó a su hija de inquietud.

—Las viejas no deberían estudiar, luego creen que son la gran cosa y se largan. Ella ya no quería escuchar esa palabra. En ocasiones así, cuando las voces eran muy fuertes, botaba el plato de comida al suelo y se iba al cuarto, tras la pared blanca. Luego, Darío entraba y le gritaba. Sofía casi siempre lo veía como un bueno para nada que disfrutaba de burlas crueles, pero su enojo lo transformaba. Él se acercaba demasiado y cambiaba esa sonrisa burlona por un hocico animal, por colmillos sedientos. Sofía, ya en el suelo y sintiendo un dolor estampado en

la mejilla, como una res marcada, no podía hacer nada más que escuchar “la comida no se desperdicia”.

Ella estaba confundida al respecto. Un día, Darío encontró un cigarro en la sala de estar. Paco dijo que era suyo. Darío asintió: no le importaba; sin embargo, cuando el asunto la involucraba, él invertía todas sus energías ¿En regañarla? No, esa bestia quería herirla. Sofía se sentía herida. Se sentía hecha pedazos. Le llegó a tener envidia a su hermano. Aun así, Sofía lo quería. Era el único que la trataba bien. Era la única persona, en realidad, que le decía “mereces algo mejor”. Y sí, merecía algo mejor. Paco se lo había dicho y Sofía siempre pensó que Paco era honesto. Cuando Darío se iba al trabajo, comenzaban a jugar. Él se sentaba en un banco y extendía las palmas frente a su hermana, indicando que pegara. Ella pronto aprendió a dar golpes y memorizó los puntos débiles de los hombres. Ojos, cuello, entrepierna. Su hermano le decía que, si un día lo ameritaba, tenía su permiso para golpear. Entonces surgía la palabra “defensa” y dejaba de ser un juego.

Aunque verlo de esa forma no servía de nada. Por más que su hermano le enseñó, Sofía no podía defenderse como él esperaba. Cuando no estaba y Darío aprovechaba para darle una lección, ella cerraba sus oji-

tos y se perdía. Se desconectaba de la realidad, de su casa chica, de Darío. Le habría gustado poder desconectarse a sí misma, o que la pared blanca la tragara y la escupiera al sur del río.

El río era un lugar precioso para ella. Solía correr al bosque, sentarse en la orilla a dormir, escuchar entre sueños la corriente. La hierba silvestre le rozaba la piel mientras ella escuchaba susurros. Le hablaba con delicadeza. Sí, el río era un lugar precioso. Fue ahí donde conoció a su mejor amiga, Mildred McDonald. Su piel era pálida y suave, como un pambazo. Tenía un rubor intenso en las mejillas color red delicious. Su cabello era rubio y brillante, adornado con listones y recogido en trenzas de niña holandesa. Sofía siempre la veía usar un vestido azul a cuadros con encaje, calcetitas blancas y zapatos negros.

Mildred le había dicho que su papá tenía un rancho cruzando el bosque. Siempre hablaba de él; cuidaban caballos, vacas, cerdos... —Siempre como queso —solía presumir —Y tengo mis propios pollitos. Tal vez un día te regale un pollito.

Hablaba mucho con ella, era buena para escuchar. Mildred sabía cuando Sofía estaba triste, así que le preguntaba de su familia con frecuencia. Estaba de su lado, pero lle-

gó a decir cosas hirientes. Seguro no era su intención.

—Tiene que recibir su merecido —le contestaba— No es justo, ¡siempre hace lo mismo! No le interesas. Seguro está arrepentido de tenerte.

Sofía se ponía a llorar.

—Mereces algo mejor.

—Ya no me importa. El único que me cuida es Paco. Cuando junte lo suficiente, nos vamos de la casa.

Mildred se encogió de hombros, orgullosa, y cambió el tema de repente— Yo no sé cómo se siente eso. Mi papá está ocupado, pero siempre me pone atención. Me da regalos y juega conmigo. Apuesto a que algo así te gustaría mucho.

Sofía, algo avergonzada, se ponía a pensar. No, estaba loca. ¿Cómo podría irse? Se sentía culpable por irse. Era incapaz de hacerlo. A Mildred le tomó unas semanas convencerla de que no estaba loca. Siguiendo sus consejos, Sofía se empezó a encerrar en el cuarto a pensar más a menudo. Cada vez se volvía más segura de sí misma. Darío ya no era un hombre que diera miedo. Seguía sin defenderse en realidad, pero, en su cabeza, ya lo había hecho de mil y un formas. Ojos, cuello, entrepierna.

Confesó dar por hecho que, consumidos por el coraje, todos se imaginaban a sí mismos

tirar a alguien más al suelo y arrancarle la piel, todavía tibia y chorreante, del resto del cuerpo. Despellejar a una gallina. Golpeando sin parar y pateando con las botas que usaba para cazar cuando Paco se sentía en la disposición de prestarlas. Llegó a creer que, si estampaba su pie lo suficiente, iba a botar los dientes del hocico de Darío para que nunca más se burlara de ella por ser una vieja. ¿Creía que ella era una inútil? ¿Un animal sin cerebro? Ya vería que todo lo que era, todo lo que había aprendido, venía de él. ¿Qué sigue después de defenderse?... ¿pelear? ¿ser ella la que hiere? ¿la bestia? Eso hacía en el cuarto blanco. Ya no quería que la pared la tragara, ella quería tragarse a la pared. Esa última noche, luego de pasearse frente a la tele, a Sofía le dio por cortarse el cabello. En su cuarto tenía un pedazo de espejo colgado en la pared y en la cocina había unas tijeras con las que Paco cortaba carne; ella las tomó sin permiso y se metió a su cuarto. Su cabello le llegaba a la cintura. Era difícil de controlar y se enredaba todo el tiempo. Le estorbaba. Quería deshacerse de él. Tomó una sección y la cortó a la altura de los hombros. Sofía observó el mechón caer al suelo delante de ella, frente a sus tenis que le torcían los pies. Cuando regresó la mirada al espejo, vio

el reflejo de Mildred sentada en la cama. Sonrió como siempre, traía un vaso de leche en la mano.  
 —No te escuché entrar.  
 —Te traje algo —Mildred le dio el vaso. Ella le dio un buen trago. No le supo a nada. Sofía pensó que ese día Mildred estaba más seria. Como si tuviera muchas cosas en la mente, pero solo decía un par de palabras. Se parecía a ella. Las voces de Paco y Darío afuera, la distrajeron. Estaban gritando otra vez. Mildred la tomó del brazo. Parecía querer decirle algo, pero esperó. Sofía supuso que quería que sus palabras calaran lo más profundo en su mente y sus manos, porque así sucedió. Sus ojos, que le parecieron sentimentales, de pronto la inquietaron. Se sintió observada, vigilada por ojos bien abiertos. Abiertos y fríos, vidriosos y plásticos. Falsos. Sofía creía saber lo que pasaba, porque era así cada noche. Seguramente Darío estaba sentado frente al televisor. Desparramado en su asiento, con las piernas abiertas y el control en la mano. Dependiendo de su aliento, podía o no, recargado a un costado del sillón, haber un rifle. Paco entró a la casa. Vio a su padre. No advirtió el arma. Darío lo vio pasar. —¿Sí encontraste jamón?

No hubo respuesta, no se molestó en volver a preguntar. Después de un momento en silencio, Darío vio de reojo la figura detenida de su hijo.  
 —¿Qué? —le espetó cuando se dio cuenta que Paco no apartaba la mirada. —¿Qué me ves?! —gritó cuando no le contestó. Darío se levantó con cierto esfuerzo. Paco sacudió la cabeza, tratando de ignorarlo. Como muchas otras veces, no quería pelear con él. —Ahora no. Déjame. Su padre le dio un zape. —¿Te pregunté algo! Su hijo se apartó. Ahora estaba enojado. —Si quieres pelear, vete a un bar. —¿Y dale con el bar! ¡Si quiero tomar, tomo en mi casa! ¡Esta es mi casa! —¿No es tuya si no haces nada por ella! —¿Y tú qué haces, maldito mocosito? ¿Trabajas? ¿Traes comida? Ah, ya sé, ya sé... Me vas a decir que crías a la vieja esa ¿Eso es lo que haces por esta casa? Sofía, que había estado escuchando, salió y su presencia interrumpió los gritos. Darío la vio y detuvo la mirada en su cabello. Ella le devolvió la mirada con un vacío que, ni si quiera tiempo después, pudo replicar ni comprender. Lo que sí sabe es que pasaron por su cabeza los consejos de su amiga del rancho y, más que nunca, sintió en el pecho doliente que merecía algo mejor. Antes de que el otro se acercara, ella corrió hacia

él y lo pateó. —¿Y ahora a esta qué le pasa? Ojos, cuello, entrepierna. Darío agarró la cabeza de Sofía y la empujó. Cuando se dio vuelta para buscar el arma del sillón, no la encontró porque Paco estaba apuntándole. —¿Anda! ¡Anda! ¡Quiero ver que me mates! Su hijo no cambió de posición. Sofía se levantó del suelo, con sangre en la nariz y en el mechón trozado. No lloraba porque ya era una niña grande. Darío caminó a la entrada. Salió, dejando la puerta abierta, y Paco puso el arma en el suelo. Me han contado que la noche en que Darío murió estaba viendo box en la tele. Estaba en casa, viendo box en la tele, Darío, y luego murió.

Josué Betuel Hernández Pérez

# El buen Metinides

14



*¿Te subes tú o me subo yo?, miraste el alto del edificio de 3 pisos, Como tú quieras, ¿No quieres ir?, súbete mejor, yo desde aquí las tomo.* Te acercaste a la reja de la unidad departamental, preguntaste al portero si podías subir porque trabajabas en el periódico y necesitabas la foto para la nota del día siguiente de la prensa. Era muy importante el encuadre desde arriba en el tercer piso porque eso te daba el ángulo que contemplaba toda la cuadra junto al incidente. Éste apenas te miró, inexpresivo, estaba más concentrado en la comparsa alrededor de los repartidores de gas; aquella masa de gente, a su vez, se enfocaba en los policías recién llegados y los gaseros concentrados sobre la válvula con fuga del tanque, pero desde que los viste sólo estaban de pie mirando un tenue hilillo humeante. *Cuando te bajas le cierras güey,* con el mismo porte hosco casi retozando el portero se apresuró a ganar un lugar entre la gente que formaba un público alrededor de la noticia del día siguiente.

Las escaleras ni las sentiste, en un descansillo coincidiste con Martín en no arriesgar las 5 vidas que te sobraban, porque recordaste aquella vez que seguiste a los bomberos dentro de un edificio en llamas y el derrumbe del techo de fierros pelados que por poco te aplasta, en fin, un riesgo exagerado. Apretaste la cámara entre tus manos con fuerza calculando el pulso con que la sostendrías. Ya arriba, te asomaste a la orilla de la azotea. Desde lo alto redescubriste la banqueta, a Martín que se había ido a pistear con los paramédicos y la calle entera sobrepoblada donde seguía estacionado el camión y una patrulla enfrente. Tomaste la foto de prueba, inteligible, luego con quietud doblaste las rodillas mientras te encorvabas, un pie frente al otro con las manos ajustando la alineación del visor pegado a tu pestaña. Sentiste cómo los bolsillos de tu saco se movieron junto con las solapas de tu pantalón por una brisa intermitente, ajustaste el aro de enfoque, diste vuelta a la palanca de arrastre e inmediatamente del camión salió una corriente de humo.

15

El sol te pesaba en los hombros, pero tú te mantuviste concentrado. No te moviste, tampoco la gente lo hizo, la calle se cubrió de gas el cual empezó a levitar entre la multitud. Te llegó de golpe el olor entre grasiento y dulce metálico. Aspiraste profundamente y tus músculos descansaron; sentiste sed, quizá cuando bajaras le pedirías una botellita de agua a la ambulancia. Las personas de abajo se desplomaron, después te enteraste que alrededor de 115 gentes se desmayaron al mismo tiempo. Menos tú, Metinides, porque alguien debía capturar el sueño en pleno día a media calle de los transeúntes que el redactor habría aludido a un síntoma del calor y de la deshidratación sin tan siquiera dedicarle dos líneas a la fuga de gas. Mejor aún, tú tenías el deber de inmortalizar la debilidad del pueblo de andar de mirón y asistir a cada nimia señal de novedad en su vida. A veces te miraban hacer tu trabajo, cuando había más gente en segundo plano las tiradas se agotaban.

El gas comenzó a levantarse afeando tu encuadre. De cualquier forma, acariciaste el anillo de enfoque, escuchaste el chasquido de la captura, al mismo tiempo, la rigidez de tus manos te dejaron sentir la tenue vibración del aparato. Sacaste un par de imágenes para probar tu suerte. Presentiste que la segunda había quedado mejor. Luego hiciste otras tomas que se veían muy opacas, las guardaste para ti.

Bajaste la cámara, sacudiste tu saco. Alcanzaste a respirar una brisa pura, erguiste todo tu cuerpo para estirar la espalda, pero la edad ya te había encorbado el cuello.

Te enfilaste a las escaleras, de repente el aire detrás de ti estalló en una onda de calor; por alguna razón, instinto dices, te dejaste caer sobre tus rodillas, volteaste y todavía pudiste ver unallama disolverse en el cielo con la negra humareda de la explosión. Ya de pie, fuiste desescalando poco a poco el edificio; a la mitad descansaste porque tus piernas se quedaron sin



fuerzas. Te recargaste en la pared mientras esperabas percibir el plumizo olor a quemado del incidente, pero sólo notaste el polvo del cemento y el yeso de los muros sin pintar. Después escuchaste sollozos a la distancia, recuperado, decidiste bajar apuntando a quemarropa el objetivo, ya en la tierra escuchaste que empezaron los gritos. Cuando saliste del edificio, azotaste la reja tras de ti porque tenías que captar la impresión de la sección que más demanda tiene en los periódicos, la nota roja: La parte trasera del camión cargando un fuego que se extendía varios metros por encima de los cables de luz, enfrente un cuerpo en llamas que desde la esquina es observado por un señor con sombrero. Otro cuerpo pequeño de frente ennegrecido haciendo el amago de su siguiente paso, detrás varios bultos tumbados con el humo dilatándose encima como fondo. El tanque del camión humeando toda la calle.

Se terminó el rollo. Guardaste la cámara, Martín te tocó la espalda, *¡No jodas!, ¡Calma! ayúdame con los niños, ¿Pero a dónde?, A la ambulancia allí.* Quisiste levantar a un muchachito del suelo, sin embargo tus dedos se hundieron en la cera carnosa de sus brazos y empezó a chillar con todas sus fuerzas. Lo soltaste, retrocediste dos pasos, *¡Muévete, despierta Enrique!* Notaste que traía cinturón, con él lo levantaste hasta la ambulancia, así a varios niños los fuiste metiendo en la cajuela.

Ibas a conducir, pero al sentir tus manos embarradas de grasa y sangre te petrificaste; tus zapatos también estaban resbalosos, afortunadamente viste correr a un paramédico de la cruz roja y lo detuviste: *¡Oye, oye! ¡jóven! ¡ven, llévanos al hospital, apúrale!* Se te quedó mirando con los ojos bien abiertos, espantado, te bajaste para que él condujera. Entonces viste a Martín colgado de la puerta trasera de la ambulancia y tú también te trepaste, el joven empezó a conducir.

Tenías la nota del día siguiente, del hospital te fuiste a tu diario para dejar las fotos como buen profesional, aunque tú nunca admitiste esa etiqueta de trabajo. Al principio sólo era eso, un trabajo mal remunerado. Eras "el niño", los oficiales te llevaban con ellos para fotografiar presos, gente asesinada con el culpable mirando escondido tras la escena a la cámara.



Después de un tiempo te invitaban a cada accidente del DeFe y sus alrededores. A ti te gustaba captar la historia, tus imágenes favoritas eran sobre coches chocados, de alguna manera buscabas imitar las escenas del cine. Pero este día decidiste renunciar, no volver a las carreras durante la madrugada para llegar antes que los policías o la ambulancia, no dormirse con el traje puesto, observar desde la seguridad de tu hogar la tragedia espontánea y diaria, lo normal de ya no arriesgar la vida por el gusto impulsivo que casi te mató en 19 ocasiones. Pero, pensándolo mejor, y según la métrica de los gatos, solamente habían sido 3 veces y te sobraban 4 vidas, haciendo cuentas con números imaginarios habías vivido en total 119 años.

Llegaste tarde a tu departamento. Enfrente de la puerta volviste a pensar en la astucia de tu edad, instinto, le llamaste. Quizás no eras tan diferente de aquella gente intrusa de tus fotos, al fin y al cabo a muchas personas también les gustaba ver películas policiacas; probablemente ellos mismos opinaban sobre el coche abollado o las heridas de bala. Desde niño te diste cuenta que no te gustaba ver tanta sangre porque tu trabajo era la historia del instante del accidente y sus efectos en el paisaje inmediato. Allí estaba el chiste de seguir vivo, observar los efluvios de la muerte para comentar los hechos y sacar conclusiones propias; era contar otra historia, pero no la de las narraciones amarillistas, era participar en el ocio que surgía de la tragedia de otros. Tú ya no serías trabajador para el desaburrimiento del pueblo, sólo serías tu propio coleccionista de accidentes. Te recostaste afuera del otro lado de la puerta; suspiraste buscando el olor fresco del cemento del edificio de ese día. Pensaste que no valía la pena convertirse en uno de tus muertos, el fotógrafo profesional no se deja morir porque a eso se dedica, pero a ti sólo te restaban 4 vidas que quizá, al fin de cuentas, las podías perder todas de una vez. Ya no importaba ni quisiste comprobarlo, de eso no se trataba tu trabajo. Acalorado, imaginaste que la tibieza de tu departamento te ardería, te acurrucaste en el piso. Ahí amaneciste amargado por el olor a gas de tu traje.

Diego Barrera del Angel



# Cempo hualxochitl

México. Capital.  
Otoño, 1888.

Debo admitir que me resulta irritante que en mi época favorita del año me cueste tanto trabajo encontrar inspiración para escribir algún texto. Se acerca el concurso literario en honor a Nezahualcōyotl y debo entregar una pieza impecable si pienso ganar.

Uno pensaría que en estos días es sencillo encontrar inspiración, rodeado de tantos colores, tantos sonidos, tantos sabores y tantas tradiciones, pero llevo semanas y no consigo que mi pluma se deslice sobre el papel.

Una de las ventajas de residir en Ciudad de México es que a menudo te encuentras con artistas caminando por los centros históricos buscando inspiración, merodeando por las alamedas en busca del momento perfecto para retratar o aquellos que se niegan a abandonar las bibliotecas en busca de conocimiento.

Con tantas ideas implasmables merodeando por mi cabeza debía salir a dar un paseo en mi tan querido centro de Coyoacán donde tal vez algo me ayudaría a empezar a

escribir. Mientras caminaba con mi libreta en la mano, lista para desenfundar, por si alguna idea se cruzaba ante mis ojos, observé a un señor sentado en un banquito con un atril frente a él, donde reposaba un cuadro en blanco. Cuando me acerqué a aquel señor no pude evitar distinguir su rostro y sin la menor vergüenza grité:

— ¡Dr. Atl!

Al escuchar mi grito desmedido por la emoción de ver a un amigo, mi maestro y ahora camarada saltó de su banquito por el susto que le causó mi voz, se levantó con un poco de ira en su rostro con intenciones de reclamarme por tremendo espanto, pero al ver mi semblante que ahora resultaba más consternado por el reclamo venidero

que por la emoción de verlo dijo:

— ¡Ah, pero si es usted! Evite exaltar a alguien mientras trata de concentrarse Sr. Eli. Respondí.

— Perdóneme Atl, no quise sobresaltarlo.

Luego de un saludo un poco incómodo, no pude evitar notar que mencionó que intentaba concentrarse, pero su cuadro estaba en blanco, así que le pregunté qué clase de inspiración era la que buscaba, a lo que respondió:

— Hace algunos ayeres visité un pequeño pueblo en el estado de Morelos, no recuerdo el nombre. En este lugar en el que nadie espera terminar, no por antipatía, sino por mera ignorancia de su existencia, encontré el remedio a mi falta de inspiración. Encontré paisajes hermosos, personas cálidas, excelente comida, en esencia llené mi alma y nada mejor que un alma llena para producir grandes obras.

Intrigado por aquel lugar y motivado por mi falta de inspiración, le pregunté con más insistencia por el nombre de este misterioso lugar

— Pero Atl, ¿no recuerda el nombre del lugar? Intente hacer memoria, se lo ruego.

Con un semblante notablemente impacientado, gruñó y comenzó a estrujar lo que antes era una cabellera abundante, hasta que, al fin, luego de mirar sus cejas por un rato dijo:

— ¡Juepayan! Sí, eso. No. Espere. No es eso. Huepayan, algo así. ¿O no? No, no suena bien. ¡HUEYAPAN! Sí, eso es.

Asombrado al escuchar ese nombre que no hacía sonar ninguna campana en mi cabeza, le agradecí por su tiempo y su recomendación, me disculpé de nuevo por interrumpirlo y continué mi camino ahora de regreso a casa para alistar mis cosas y emprender un viaje a Hueyapan.

Como no tenía idea de donde se encontraba este pueblito, mi primer destino fue Cuernavaca. Una vez ahí comencé a preguntar e indagar por instrucciones o alguna dirección para llegar a Hueyapan, pero nadie parecía conocer el lugar.

Cayó la noche y sin encontrar algún indicio de aquel lugar me tuve que hospedar en un hotel para continuar mi búsqueda al día siguiente. A eso de las nueve de la noche bajé a la cantina del hotel y pedí una bandera para aliviar mi cansancio, luego de unos tragos a cada caballito, un señor de semblante cansado con una indumentaria que lo hacía parecer un mercader se sentó junto a mí y ordenó un vaso de aguardiente.

No pude evitar notar su sombrero de palma desgastado, sus guaraches negros y sus manos con callos que me hacían pensar que su profesión pertenecía al campo, pero había algo más que me llamaba la atención, del bolsillo izquierdo de su camisa colgaba una flor de cempasúchil que parecía tener brillo propio, lucía como si del centro de los pétalos surgiera una luz cálida y tenue que te invitaba a tomarla. Pero luego de unos minutos sin desviar la mirada de aquella flor, escuché una voz ronca que me hablaba.

— ¿Qué tanto mira usted? ¡zeh?!

Volteé la mirada hacia arriba y vislumbré el rostro disgustado de aquel señor bigotón, frunciendo el ceño mientras masticaba granos de café. Tragué saliva y respondí:

— Disculpe usted señor, no quise importunarle, pero no pude evitar notar tal indiscreta flor que lleva por broche. ¿Me permite preguntar dónde fue que usted la compró?

— No la compré. Respondió.

— ¿Dónde entonces la encontró? Si me permite indagar.

Repliqué.

— Tampoco la encontré. Me fue obsequiada por un amigo.

— ¡Oh vaya! Excelente detalle por parte de su amigo si me permite agregar. Le pido una disculpa por fatigarlo con mis preguntas, soy un hombre de lo más curioso

— No repare en disculpas Sr., nada puede fatigarme más que el que estoy por hacer.

"Pedi una bandera para aliviar mi cansancio"



— Permítame invitarle otra ronda y si puedo preguntar.

— ¿Cuál es el destino de su jornada?

— Debo ir a Hueyapan por la mañana, recogeré un lote de cempasúchil.

Al oír el destino del misterioso hombre mis ojos se iluminaron y mi corazón se aceleró un poco, no quise verme muy desesperado pidiéndole en ese momento que me llevara con él, así que le invité unas cuantas rondas más y antes de finalizar la noche le hice saber mis deseos de llegar al mismo pueblo y después de una noche de compartir tragos y anécdotas aceptó mi petición con una sonrisa en el rostro.

A primera hora del siguiente día, salimos rumbo a Hueyapan en una carreta que rechinaba más que mis dientes al dormir y que era tirada por un burrito de ojos cansados.

Luego de un día de admirar paisajes y de escuchar malos chistes de mi chofer, llegamos a nuestro destino. Al entrar al pueblo parecía un lugar abandonado, se sentía olvidado, pero extrañamente no se sentía vacío, no pude distinguir más que casuchas y construcciones mercantiles, pero no había personas, sólo vi un perro enjuto cruzar la calle antes de llegar a una posada a la que no perdimos tiempo para entrar guiados por nuestros hambrientos estómagos.

Entramos y sólo había una anciana frente a un comal, ordenamos dobladas y picadas, que la viejita nos sirvió amablemente acompañadas de un café de olla. Mientras cenábamos no llegó nadie más, sólo nosotros 3, ni un alma más, o tal vez sí...

Acabada la cena, mi compañero de viaje le pidió a la señora una habitación para cada uno y al terminar le pidió un apahtli, se volteó hacia mí y me dijo, ahora iré a mi cuarto te pido que no me molestes hasta mañana, tomó su apahtli y se marchó.

"Comenzó a hacerse notar ese inconfundible color anaranjado tan característico del cempasúchil"

Quedé un poco confundido con la petición de mi compañero y como la señora no se veía muy amigable, también le pedí un apahtli y me retiré a mi habitación.

Desperté escuchando voces entre sueños, una parecía ser la voz de mi compañero, pero la otra era demasiado gruesa como para ser de la señora que nos había atendido la noche anterior.

Me levanté del camastro y me asomé ligeramente por la ventana, pero sólo alcancé a distinguir dos siluetas porque el sol daba directo contra mi cara. Cuando salí del cuarto ya sólo estaba mi compañero sentado en una silla de paja que se mecía adelante y atrás, con su cigarro en la mano y un apahtli en la otra.

De pronto apareció casi de la nada la anciana que nos recibió la noche anterior y saludó a mi compañero:

—¿kenotimotlatjuilti? (¿Cómo amaneciste?)

—kual-le tlasojkamati uelmiak (Bien muchas gracias)

Mi compañero respondió.

Luego volvió su rostro hacia mí y preguntó:

—¿kenin timo toga? (¿cómo te llamas?)

—Ne notoga Eli. (me llamo Eli) Respondí y repliqué preguntando.

—Inin altepetl ¿kenin itoga? (Este pueblo ¿cómo se llama?)

—Inin altepetl itoga Gueyiapan (Este pueblo se llama Hueyapan)

Dijo la anciana.

Pregunté por el nombre del pueblo porque la noche anterior parecía abandonado, pero hoy por la mañana ya no parecía

estarlo, así que me aseguré de no estar soñando.

Como había visto que mi compañero seguía tomando esa bebida le pregunté de qué estaba hecho ya que nunca había sentido un sabor así. Al escuchar que lo probé, volteó rápidamente con su característico ceño fruncido y con un tono de regaño me dijo:

—No debió haberlo bebido.

Le respondí que la señora me había servido una taza sin mayor advertencia, le pregunté por qué la situación de haberlo bebido parecía molestarle tanto.

No me molesta, me inquieta que lo haya bebido. No es una infusión cualquiera. Pero ya no hay marcha atrás, ahora acompáñeme, vamos a por el lote de cempasúchil.

Para llegar a la morada del agricultor atravesamos parte del pueblo y no pude evitar notar que había mucha más actividad de la que había el día anterior, pasamos por lo que parecía una carnicería, inconfundiblemente pasamos frente a una panadería porque el olor a pan recién hecho invadió mi nariz, escuché la forja del herrero y el serrucho del carpintero a lo lejos, todo esto era muy extraño pero mi compañero no parecía notarlo, así que continuamos.

Al llegar al ejido del agricultor comenzó a hacerse notar ese inconfundible color anaranjado tan característico del cempasúchil, hilera tras hilera, anaranjado tras anaranjado, tramo hasta llegar a una pequeña colina, nos acercamos a la casa y mi compañero gritó:

—Mah cualli tonalli, Tonatiuh. (Buenos días, Tonatiuh.)

—Mah cualli xihualacan. (Bienvenidos.) Respondió.

—Vengo por el lote, Tona. Y le he traído a este hombre, quiere conocerlo.

Luego de su singular aseveración, se fue en busca de las flores, lo vimos marcharse y cuando estuvo lo suficientemente lejos, Tonatiuh preguntó:

—¿En qué le puedo ayudar?

He venido a buscar inspiración para escribir un libro.

—¿Y por qué piensa que aquí encontrará lo que busca?

—No lo sé.

—¿Ha hablado usted con alguien del pueblo? Tal vez alguno tenga alguna buena historia para contar.

—No he hablado con nadie, más allá de la anciana poco expresiva.

—No sé si aquí pueda encontrar la inspiración que busca.



—En este lugar tan sólo hay campesinos, paisajes hermosos y una que otra leyenda para contar.

—Enamorado estoy de los paisajes, ahora sé por qué la recomendación del Dr. Atl, pero me interesa más escuchar de esa leyenda. ¿Sobre qué es?

—De cempasúchil claro, es la única que conozco. Se la cuento pues. Imagino que conoce la leyenda de cómo surgieron estas flores, la historia de Xóchitl y Huitzilín y la bendición del Dios del Sol. Pues todos conocen donde la leyenda acaba y nos dice que nuestros antepasados llegan a su tumba por el olor de esta flor, tal como Huitzilín, convertido en colibrí, encuentra a su amada Xóchitl vuelta en una flor dorada; pero lo que no saben es la otra parte de la leyenda, lo que se perdió a través de los siglos.

Y es que, cuando Huitzilín encontraba a su amada, no le bastaba el olor con el que la había encontrado, comía del néctar de la flor y de esta manera podía estar junto a su amada una vez al año, pero si comía de más, el néctar se terminaba y ya no podría volver a ver a su amada nunca más.

Es así como nosotros podemos encontrarnos con nuestros antepasados, aunque no podemos comernos el néctar, podemos hacer una infusión usando los sempuale pétalos que tiene Xóchitl para poder ver a nuestros seres queridos. Pero debemos ser cuidadosos, ya que no pertenecemos al mundo de los muertos. Si eres codicioso con los deseos de tu corazón... Mits kuigaske an tias uejka. (Te llevarán e irás lejos).

—Pero Don Tonatiuh, esto que me dice parece más una advertencia que una leyenda. ¿acaso usted cree que es verdad? ¿Me está diciendo que podemos hablar con nuestros difuntos? Me parece una maravillosa leyenda, pero me resulta difícil creer que tal idea sea posible.

—Siguin gualaske an siguin yaske. (Algunos vendrán y otros se irán)

Dijo.

—¿A qué se refiere?

Pregunté.

Pero Don Tonatiuh no dijo más. En silencio continuamos caminando por los sembradíos de cempasúchil, mientras digería sus palabras, hasta el regreso de mi compañero de viaje que se notaba agotado por llevar sus cargamentos. Me llevó de vuelta al pueblo y una vez más estaba desierto, así que esta vez decidí preguntarle por qué parecía un páramo olvidado.

—¿Tomó más apahtli?

Preguntó.

—No.

Respondí

—Es por eso. Concluyó

Y no dijimos más.

Me llevó de vuelta a Cuernavaca, le agradecí por el viaje y nunca más lo volví a ver. Y no fue hasta llegar a mi despacho, que leí mis notas y recordé la leyenda que me contó Tonatiuh, que me di cuenta de lo que era lo que había bebido.

Percatarme de esto llenó mi cabeza de ideas, preguntas, teorías, e incertidumbre de lo que viví, pero con cierta certeza de lo que sentí. Así que para probar mi teoría, preparé apahtli y por la noche salí a recorrer el centro de Coyoacán para revivir



# CRUZ MUERTO

Una cueva no es más que un hueco en la tierra, el ano de la montaña, el albergue de osos y ancestros-fósiles, el hogar origen, un hueco más. Apodar a una cueva de cierta forma no hace que su significado cambie: La Cueva del Oso, La Cueva del Ropavejero, La Cueva del Diablo. Sólo queríamos rayar una pared, rayarnos las narices con coca, rayar el hígado con chelas y tonayan: dejar una raya de la historia que fuimos. Estúpida necesidad adolescente de marcar su suela sobre el mundo. Estúpida necesidad de encajar con amigos culeros. Estúpida cueva.

El Pipo me convenció de ir nomás porque iba la Irmita. Irmita, la canija se veía bien bonita con su capucha negra y los tenis llenos de tierra. El Jirón, el Pepe y la Chofis, agh, ojalá no hubieran ido, ojalá les hubiera dado diarrea a los tres y se hubieran quedado atorados en los baños de sus casas. ¡Ah pero no! ¡Querían ir a medir su quesque valentía a la mendiga Cueva del Muerto!

Llegando a pie de la montaña ya me estaba arrepintiéndome, les iba a decir *Eh vatos, mejor vamos a comer unas chanclas o unas memelas bien grasosas*. Ah pero no, Cruz siempre está mal, Cruz siempre es bien baboso, Cruz siempre se porta bien (como si quedarse en casa a echar hueva fuera portarse bien). Me convenció mi calentura y las hormonas que me alborota la Irmita.

Estúpidas ansias biológicas.

Subimos con unas mochilas llenas de vicio y aerosoles. Ya tenía un rato que queríamos rayar algo.

*¿Qué tiene de especial esta cueva Pepe, para qué nos haces subir hasta quién sabe dónde jijos? Sí, está horrible esta subida. A ver ya, cálmense, cálmense; aquí podemos hacer el pinche mural que vienen di y di desde hace semanas y de paso atascarnos con chelitas. Ya, no sean mamones y sigan subiendo; además es Día de Muertos, ¿qué otra cosa tienen que hacer?*

Pepe tenía razón, allá arriba quién iba a estar buscando malandrines con sus urgencias pueriles de rayar paredes y meterse hasta la basurita del sacapuntas. La verdad es que conforme subíamos más y más, me di cuenta de que mi florera se iba convirtiendo en una especie de escalofrío. Sentía cómo mi piel se ponía chinita pero no sentía frío, no se sentía ni un poquito de viento, es más, no se escuchaba nada de viento, nada de nada. Ora.

*-Oigan, ¿es normal este silencio?*

*\*chasquido\**

*-¿De qué hablas Cruz?, todos los pinches silencios suenan igual. No, no, te juro que éste no sólo se escucha, se siente, ¿neta no lo sienten, una sensación chinita en los vellitos del brazo? Wey, ya estás loco, ¿qué te metiste antes de venir? Ca'on les dije que se aguantaran a meterse madres hasta subir a la cueva, no jodan.*

A veces me caen muy mal mis disque amigos. Nunca entienden nada y siempre me están metiendo en cosas raras (digo no me quejo de las drogas recreativas o duras, pero esto de estar subiendo la loma ya es de maniáticos).

*-¿Oigan chicos y por qué se llama la Cueva del Muerto? Ay Irmita, pues es obviooo, es porque alguien se murió ahí, jajaja. No seas tonto Jirón, no le hagas caso amix, la cueva tiene una leyenda, muy vieja, muy tediosa; pero lo importante es que según quien sube y entra en la Cueva queda marcado por la Muerte, tú y yo no tenemos rollo, somos morras y la Muerte es mujer y amiga, no nos va a pasar nada, uuuy pero a estos cuatro... sí se los carga, mejor besa de una al Cruz para que muera en paz, jajaja.*

Ash, mendiga Chofis, siempre haciéndome pasar ver güenzas, ¡qué va! Esa morra ni ha de conocer lo que es la vergüenza. Ojalá Irmita no fuera tan amiga de ella.

*-¿Cómo está eso de que la Muerte nos va a marcar, qué es eso que andas inventando Sofía? Pues así como oyes, el hombre que entra ahí llevará para siempre el beso de la Muerteeee ¡uuuUUuuuh! ¡Deja de inventar cosas Chofis! ¡Si no es mentira!, yo le dije a Pipo que no subiéramos por eso, pero está muele y muele que quiere ir hacer el tonto mural que dicen.*

Odio admitirlo pero Chofis tenía un punto al tratar de convencer a Pipo de ir a otro lado, a mí esa sensación de piel chinita ya me invadía todo el cuerpo.

*-Pipo, ¿y si mejor nos regresamos y banqueteamos afuera de mi casa? Ay Cruz, ya vas a empezar, si ya casi llegamos.*

Entre más nos acercábamos a la cueva más pesado me sentía; comencé a sentir un frío extraño, como en la médula del hueso. Estúpida cueva. Lo único bueno es que entre más nos acercábamos, más sentía a Irmita cerquita de mí, casi podría jurar que quería que la abrazara. Y pues eso hice.

*\*susurrando\**

*-Cruz, ¿no te da miedo? ¿Miedo, un hueco de tierra? Menso, la leyenda, ¿no te da miedo estar marcado? No creo en esas cosas Irmita, es para espantar a la gente y que no anden de chismosos, para que la raza no suba al cerro; me da más miedo perdernos aquí en el bosque. No sé Cruz, a mí me contó una tía que vino cuando era chamaca, que retaron a uno de sus amigos a entrar y que cuando salió ya no volvió a ser el mismo; que según desde ese día empezó a morir, a hacer cosas extrañas y que de un día para otro, puff, murió. \*subiendo el volumen\* ¿Cómo crees?, seguro te contó eso para que no fueras a subirme, a rayarte. No, no, mi tía no es de esas, ella me dio a probar marihuana por primera vez.*

*-¿Y eso qué? Pues que a ella no le molesta que yo venga con la Bandita, siempre y cuando no esté sola. Mmmm*

Puras tonteras de la Irmita, pero bueno, con tal de estar con ella me uno a sus loqueras, y me subo al monte, y me meto a besarme con la Muerte.

Subimos una media hora más y llegamos a una planicie llena de plantas secas, casi desérticas, a mis compas no les llamó la atención; a esos vatos nada les llama la atención sino tiene tetas, carros, drogas o alcohol. Por fin llegamos a la maldita cueva, parecía más una atracción turística olvidada que un hueco de osos: vasos tirados por doquier, basura regada, y hasta un letrero en rojo que leía: ENTRA BAJO TU PROPIO RIESGO. Puras tonteras.

Mis amigos ni bien la vieron empezaron a sacar los aerosoles, nos dividimos los colores para empezar a hacer nuestro disque mural. ¿Cuál mural? Sólo eran nuestras iniciales en un estilo mexa-cholo. Irmita y yo tomamos una lata al mismo tiempo y aunque no le veía la cara me imaginé cómo se sonrojaba.

*-¿Quién quiere entrar primero?*

*\*silencio\**

*-Oh ya, entro yo. ¿Seguro Pipo? Simón, sirve que veo si está muy difícil entrar.*

Pipo entró con una linterna, se me hizo raro pero me pareció que tanto la poquita luz de luna que había, como la de su lámpara se veían medio rojas. En lo que Pipo exploraba, nosotros comenzamos a enviciar las tripas, nos echamos unos mezcalazos y una fumadita de un porrito de quién sabe qué madre.

Pasaron como veinte minutos y Pipo nada que salía. Todos ya empezábamos a sentir pachecos y no nos preocupamos mucho. Pasaron otros quince minutos.

*-Oigan, ¿qué onda con Pipo? Pues se metió al hoyo wey. ¿Y cuánto pasó desde que entró?*

*-Ni idea we, ¿lremos a ver o nos querrá espantar? No, no creo, ya pasó mucho tiempo.*

*-Pues vamos a ver.*

Todos tomamos nuestras mochilas y encendimos las lámparas que traíamos. Luego luego entrando en la cueva, se sentía un calor húmedo, como si alguien nos estuviera bostezando en la cara. Entonces se resbaló el Pepe, su grito que se extendió en todos lados con un eco horripilante.

*-¿Estás bien wey?*

*\*no hay respuesta\**

*-¿Pepe? Contesta, ¿dónde andas? Prende tu lámpara wey.*

*\*un quejido seguido de nada\**

*-¿Pepe? ¿José? ¡José! ¡No vayas a espantarnos wey!*

*\*nada\**

De golpe se apagaron todas las lámparas y luego las chicas comenzaron a gritar. Sentí algo en la pierna, pensé que era una rata, comencé a agitar mi pierna como loco y a adentrarme más y más en la cueva. Dejé de escuchar los gritos y lo que tenía en la pierna ya se había ido. Todo estaba muy oscuro.

*-¿Chicas? ¿Piiiiipooooo? ¿Irmitaaaa?*

*\*nada\**

Intenté en vano prender mi lámpara, mi celular tampoco prendía y no tenía idea hacia donde caminar. Lo poquito pedo que estaba me hizo dudar si lo que estaba pasando era real o no.

Esperé un rato sin moverme a ver si alguien de mis amigos salía por detrás a espantarme pero nada. De pronto la temperatura subió mucho, como cuando alguien te sopla en la cara, o como cuando escondes un bostezo en la mano; hacía un calor húmedo, sofocante. Estúpida cueva, yo sólo quería besar a Irmita y ponerme bien pedo. Esperé un rato más, sin moverme según yo para no perderme.

Me senté en la tierra, sentía insectos caminando por todos lados. La sensación chinita de la piel ya me llegaba hasta la punta de los pelos. Comencé a gritar pero nada más escuchaba eco y eco, no entendía cómo podría haber entrado tan profundo si nada más había caminado dos pasos.

De repente el calor comenzó a crecer más y más, como si alguien hubiera prendido un calefactor. Me quité la chamarra y me la amarré a la cintura. Entonces un puntito de luz empezó a agrandarse frente a mí, pensé que estaba alucinando pero esto era demasiado. Me tallé los ojos pensando que ya me estaba acostumbrando a la oscuridad; el puntito de luz se convirtió en un hoyo blanco. Estaba pasmado, no sabía qué hacer, si moverme, gritar o seguir viendo como lo hacía.

Del hoyo salió un sombrero alto, negro y popoff, lo siguieron unas manos huesudas que se apoyaban en la luz para dejar salir un cráneo con pedazos de piel colgando. Mientras esa madre salía del hoyo yo sólo podía pensar que un pinche zombie me iba a tragar virgen.

Seguido de la cabeza salió un cuerpo cubierto de un vestido con hoyos y lombrices cayendo asquerosamente. Para cuando la zombie-verdugo había salido el puntito de luz ya asemejaba más un umbral. Traté de alejarme pero la luz del umbral empezó a invadirlo todo.

El beso de la Muerte me había alcanzado. Entonces me cayó el viente de la forma más estúpida: estoy en la Cueva del Muerto y su muertito era el estúpido que escribe esto. Adiós Irmita, adiós todo. La zombie se acercaba a mí y yo no podía moverme, me quede ahí como estatua, como un reverendo idiota esperando a que sus labios tocaron los míos. Me desmayé.

Juan Carlos Pérez Mijangos

*-Wey, wey, ¡WEY! Despierta. ¿Creen que esté muerto, le habrá dado una sobredosis? No jodan, dejen de decir sus tonteras y levántenlo. ¿Sigo vivo? ¡Sí ca'on! ¡Vaya susto, carajo!*

Estaba vivo pero la sensación chinita de la piel ya nunca me dejaría, ni las manos huesudas de aquella zombie, ahora era el novio de la Muerte y esta era mi cueva.

# LOS OJOS *de la muerte*

Fecha: 2 de noviembre de 19XX

Reporte de consulta médica

Nombre del paciente: FXXXXX\_XXXXXX\_XXXXXXXX

Médico a cargo del caso: Elena Villamelón

Si escribo este reporte sin la rigurosidad médica que se esperaría es porque no hallo otra forma de hacerlo más que con el lenguaje común, aquel que sin tecnicismos nos permite explicar los más extraños y misteriosos fenómenos transportándolos a conceptos o ideas populares y fáciles de digerir. Y es que el caso aquí referido, aquel concerniente al paciente F. y, ciertamente, a todos quienes tuvimos contacto con él, se encuentra más allá de toda explicación racional o científica y solo puedo hacer cuenta de lo sucedido reduciendo todo aquello a su versión más simple, más sencilla, más mundana. Esa presencia o, mejor dicho, esa conciencia que ahora abre su paso a través de la mente de las personas y se extiende como una infección está más allá de todo saber médico, antiguo o moderno, y todo conocimiento que mora al respecto se encontraba guardado bajo llave en el corazón de las personas, seguro incluso de la mente de los filósofos que tanto creían haber reflexionado al respecto. Ajeno incluso a la visión de los artistas quienes, en vano, han intentado por años representarla de numerosas maneras, algunas más populares que otras. Ese saber se encontraba dormido o disperso y no es hasta ahora que somos plenamente conscientes de él, o más bien, es la primera vez que eso es consciente de nosotros.

Todo comenzó en la tarde del 22 de octubre de 19XX. Al consultorio llegó F. acompañado de su madre, quien se sentó en la silla roja que yo solía ocupar. Su hijo se sentó al lado de ella, sobre la cama. Cuando entré, lo primero que me sorprendió fue ver que F. traía puestas unas gafas oscuras que no me permitían ver sus ojos. Me molestó ver a la señora sentada en mi silla, pero no le di importancia dado que la preocupación que mostraba por el estado de su hijo era notable. Tras intercambiar un amable saludo con la madre, intenté saludar a F., quien por respuesta solo asintió ligeramente, sin moverse demasiado de su lugar. Proseguí con la entrevista protocolaria, pero a pesar de que dirigía las preguntas hacía F. era su madre quien contestaba. Así me enteré de que F. tenía 17 años, iba a la escuela preparatoria, seguía una dieta sana y no tenía enfermedades crónicas o casos de alguna enfermedad genética presentados en ningún familiar cercano. Cuando pregunté por la negativa de F. a responder, la madre me contestó que solamente estaba cansado, que no había podido dormir bien en los últimos días. En su momento me pareció una excusa ridícula para justificar lo que seguro era un capricho adolescente, pero ahora sé que probablemente F. no había podido pegar el ojo en días, como tampoco yo he sido capaz de hacerlo desde aquella tarde.

Pregunté qué era lo que los había hecho venir a consulta. La madre de F. comenzó a relatarme los malestares de su hijo. Aunado al ya mencionado insomnio, la señora relató que en las últimas semanas había padecido de fuertes dolores de cabeza, falta de apetito, mal humor, falta del habla e irritabilidad a la luz solar, entre otros. De igual manera, había comenzado a comportarse de manera errática y poco

convencional, murmurando cosas ininteligibles y quedándose parado por horas, totalmente quieto, en lugares aleatorios de la casa sin razón aparente. Pero sin duda lo más extraño era su tendencia a desacomodar las cosas de la casa, colocándolas en las más extrañas y raras maneras bajo el argumento de que se encuentran en la posición incorrecta y que hacía falta ordenarlas para que no desentonaran en la sinfonía del universo. Volteaba el televisor, arrugaba las alfombras, subía las sillas sobre la mesa del comedor, colocaba fruta en cada escalón de la casa, destendía camas y colgaba las sábanas en las ventanas, etc. La señora me relató que refírlo no tenía efecto, puesto que realmente estaba convencido de estar ordenando la casa. Decía que, al terminar, se veía orgulloso de su resultado. Pero no orgulloso como aquel niño travieso que se sabe impune, sino como alguien que sabe que ha realizado un buen trabajo en servicio de los demás. Aparte, claro, estaba su insistencia por conservar los lentes oscuros puestos, aún dentro de casa, aún durante la noche.

F. se había mantenido calmo a lo largo de esta narración, pero cuando su madre mencionó que, de todas las cosas de la casa, lo único que no había tocado era el altar de muertos que la familia había puesto hacía apenas unos cuantos días, F. se comenzó a mover de manera incómoda en la silla y a mover la cabeza en varias direcciones, haciendo evidente su malestar frente a la idea de que su madre revelara esa información. Cuando la señora comenzó a decir que el único cambio que F. había hecho en el altar había sido agregar una fotografía suya, junto a la de sus abuelos fallecidos, el chico gritó: "¡Basta!" con una voz que no parecía provenir del delgado chico, sino de un hombre maduro o,

tal vez, de un hombre enfermo que se hallaba en lo más profundo de un hondo pozo. La madre calló de inmediato y, en vez de mostrarse molesta con su hijo, o asustada como lo estaba yo, lo que pude ver en su mira era preocupación, fidedigna preocupación por la salud de su hijo. Esto me dejó entrever que aquel comportamiento, aquel arrebato e incluso aquella voz no sólo no eran propias de F., sino que no eran siquiera esperadas de él, aún en el estado en el que se encontraba.

Un pesado silencio, casi palpable, cubrió el consultorio e incluso los cuchicheos de quienes se encontraban del otro lado de la puerta se detuvieron. Cuando me recuperé de esta primera impresión una idea llegó a mi mente: había hablado. Tenía que aprovechar esta situación y hacerle saber que, puesto que ya lo había escuchado hablar, no había excusa para que él no me contara por sí mismo sus malestares y padecimientos. "Así que sí sabes hablar, ¿eh?" le dije en tono burlón, intentando parecer divertida. Tras unos segundos y por toda respuesta obtuve un gesto de sorpresa que se dibujó en su boca y que me reveló que lo había atrapado y que ya no podía refugiarse en el autoimpuesto silencio. Bajó la cabeza y un nuevo silencio se apoderó del consultorio. Cuando estuve a punto de volver a hacer una pregunta, una débil y suave voz emergió de la boca del chico. No era ni por asomo la misma que hacía unos momentos había hecho callar a su madre, sino una dulce y tímida voz, apenas perceptible. "Lo siento" dijo, "es que... no siempre puedo controlarlo". "Controlarme" apuntó su madre, aliviada de volver a oír lo que pensé era la voz regular de su hijo, pero era obvio que un eco de preocupación no la había abandonado. "Eso, controlarme" dijo F. secamente, casi de manera condescen-

diente. No quería preocupar a su madre. Entendí que el chico no me contaría nada mientras su madre estuviera presente, así que le pedí de favor si podía dejarnos a solas un rato. La idea no le gustaba, y en su mirada pude ver la semilla de cierta resistencia, pero aceptó y pronto nos hallamos F. y yo solos en el consultorio.

"Ahora sí, F." comencé a decirle, "¿qué es aquello que no puedes controlar?". El chico pareció renuente a hablar por unos segundos, pero un extraño brío pareció apoderarse de él en ese momento y comenzó a relatarme lo sucedido: "No... no estoy del todo seguro" comenzó con una voz apenas perceptible que me obligó a acercarme hacía él. "Solo sé que... Hay algo. Algo que está ahí. Tampoco sé cómo llegó, cómo es que logró... entrar. A veces pienso que siempre estuvo ahí, que estuvo en mi corazón desde el momento en que nací, que lo que hizo fue... Hacerse consciente... Hacerse grande". "¿Desde cuándo sientes eso?" le pregunté. "Fue hace unas semanas, creo. No puedo recordar bien. Últimamente no recuerdo bien las cosas. En fin, no recuerdo que haya pasado nada raro o extraño. Seguro fue un día de lo más común, al menos mientras fue de día. Aquello que no puedo olvidar... Eso que no puedo sacar de mi mente!.. Sucedió en el sueño que tuve".



>>“Constantemente tengo pesadillas. Sueños en los que las cosas que suceden son molestas, indeseables o, incluso, terroríficas. Cuando tengo estos sueños... Se sienten reales. No puedo distinguir el sueño de la realidad. Sin embargo, al despertar, me siento profundamente aliviado de que los sucesos pasados hayan sido eso, solo un sueño. Sin embargo... Este sueño fue diferente. Se sentía real. Sentía que aquello que veía era cierto. Pero de alguna forma también era consciente de que estaba soñando. Se sentía raro... Incorrecto. Era como estar despierto, como ahorita, pero sabiendo que estás dormido”.

>>“Y en el sueño me hallaba en una pradera. Era como una pradera. Y era muy, muy grande. Por más que esforzara mis ojos en ver qué había más allá de la pradera no podía alcanzar su final. Se extendía hasta el horizonte. Y el cielo estaba completamente cubierto de nubes. Eran grandes y ocupaban cada espacio. No dejaban ni un hueco en el cielo. Y parecían moverse como el agua del mar. Las nubes se metían en sí mismas, daban vueltas y giraban en torno de sí y de otras nubes.”

>>“Y la pradera estaba cubierta de una larga y dura yerba blancuzca, como del color de la crema. Era tan alta que me llegaba a la cadera y se agitaba con el fuerte viento que soplabla. Y al agitarse chocaban las duras espigas unas con otras. Y al chocar producían un estridente rumor que cubría toda la pradera. Era fuerte y absoluto. No podías oír nada más. Sonaba como la lluvia, pero como si la lluvia fuera seca. Y el sonido parecía adoptar la textura de un polvo, de

un polvo granuloso y áspero, aunque fino, que se colaba por todas partes. Entre la ropa, en la comisura de los dedos, en la boca y en los oídos. Y cuando el sonido entraba en mis oídos, era como si estos se llenaran de ese polvo”.

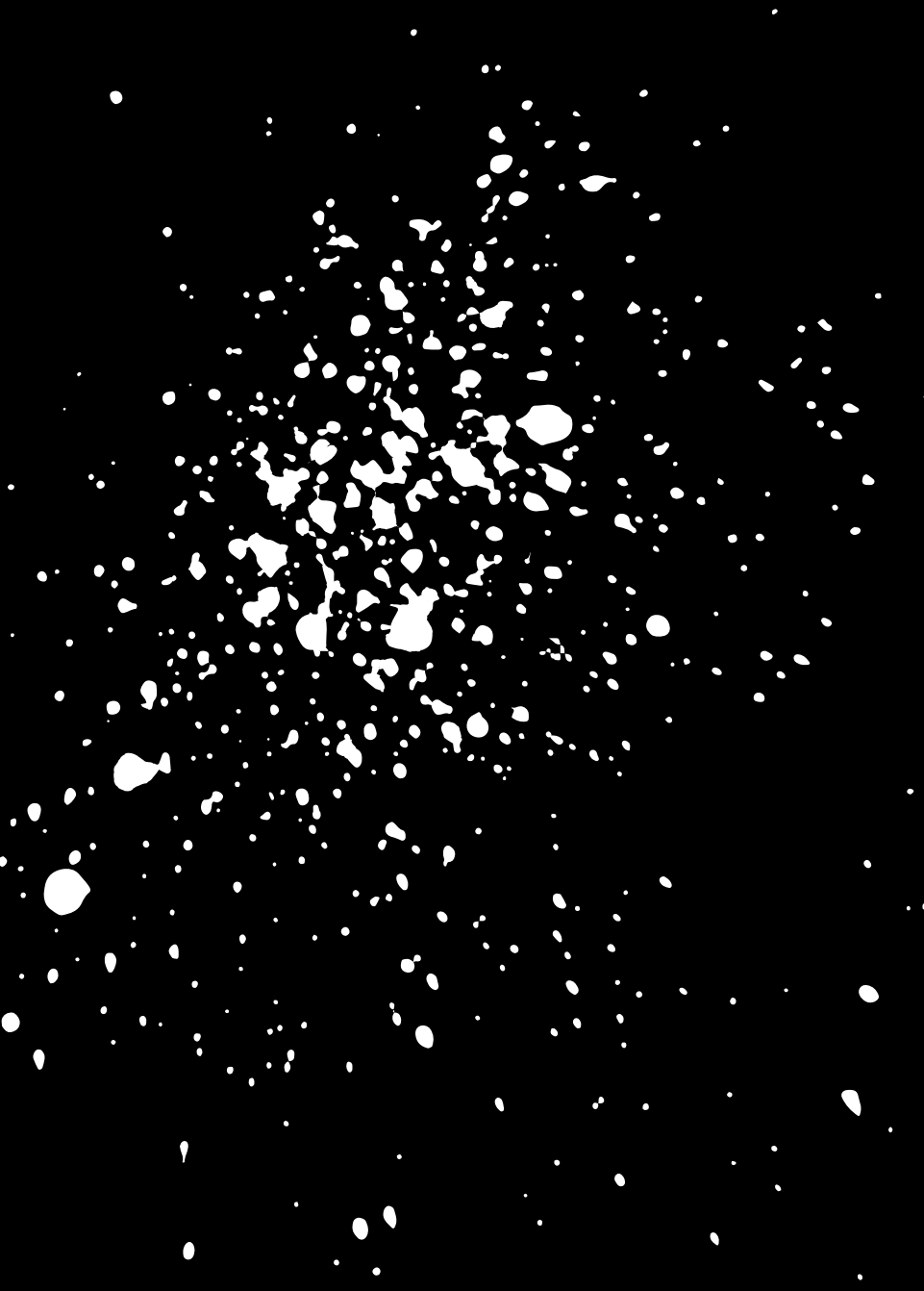
>>“Ahí fue cuando lo vi por primera vez y esa visión jamás logrará abandonar mi mente. Bajó como una nube, diferente a las demás. Incluso desde lejos se veía más grande, más pesada y espesa. Pero, sobre todo, más púrpura. A diferencia del tono gris del resto, esta que bajaba era morada, muy oscura, y contaba con miles de perlititas blancas y tintineantes que parecían estrellas y que se movían con total libertad. Conforme iba bajando, pude ver con más claridad el material del que estaba hecho. Más que un conjunto de humo, más que una nube propiamente dicho, esta parecía estar hecha de una suerte de líquido espeso, muy espeso, que emanaba un suave vapor igual de purpúreo que el material que componía la nube. Y esta masa morada se organizaba en distintas esferas que se mezclaban entre sí muy lentamente, soltando burbujas y vapor y dándole al conjunto un aspecto repulsivo. Y la masa era recorrida por las perlas brillantes, como si nadaran en la sustancia.

>> “Cuando la nube estuvo a suficiente distancia, pude ver bien esas perlititas y constatar que no se trataban de estrellas, como llegué a pensar. Se trataba de muchos, miles, incontables ojos humanos que sin mirar a ninguna parte daban vueltas y vueltas alrededor de la nube. Esta visión hizo que un terror que jamás había experimentado se apoderara de mí. No era solo la presencia de ese ser nebuloso

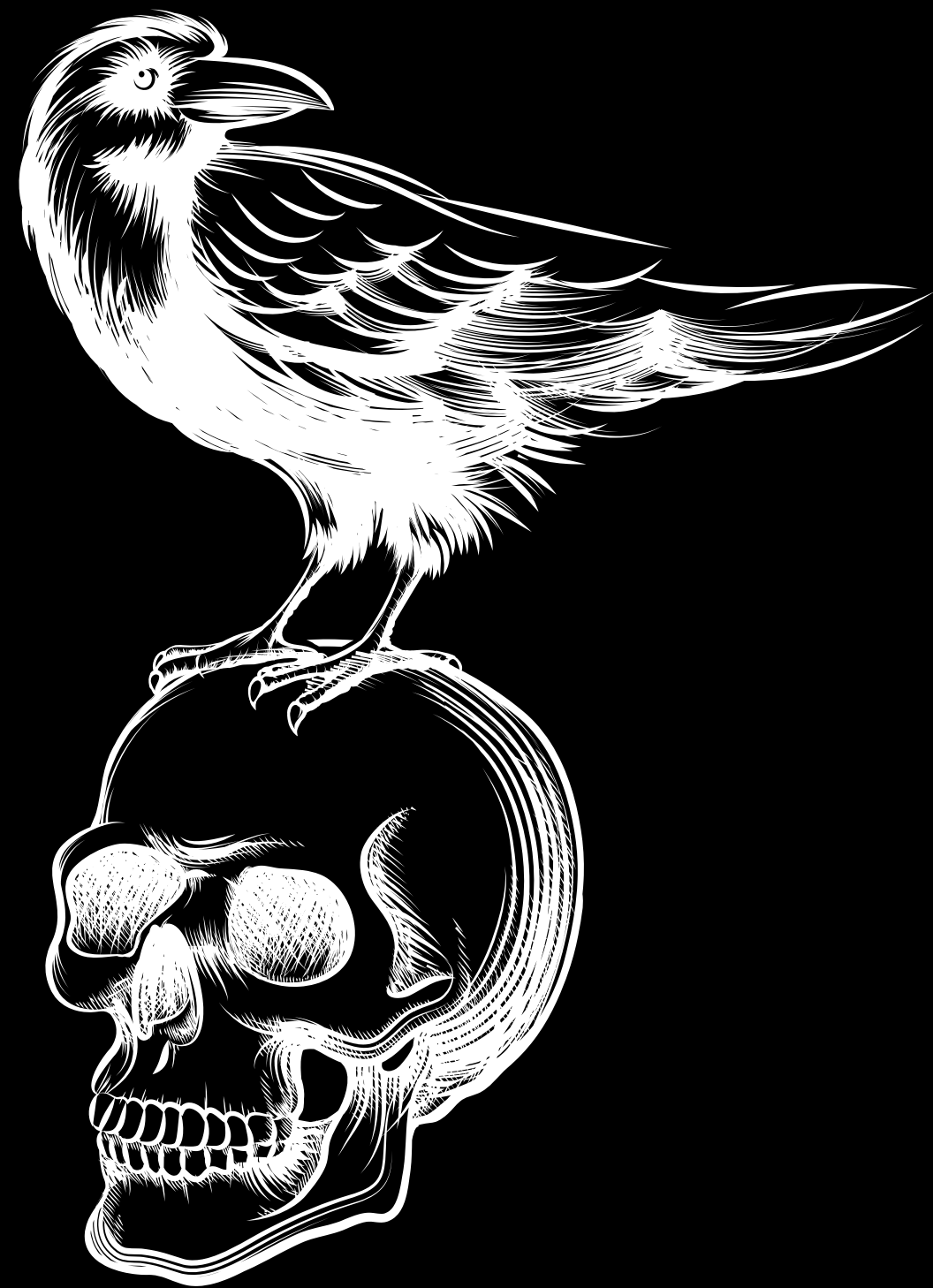
y asqueroso, que de por sí me invitaba a correr, a escapar de ahí lo antes posible, a despertar. No, era algo más. Algo se agregaba a ese terror primigenio que nos invita a huir de lo desconocido, de aquello que nos hace o nos puede hacer daño”. Conforme hablaba, pude notar como surgía un cambio no solo en la voz de F., que se parecía cada vez más a esa otra voz grave y cavernosa, sino que su propia manera de hablar, de formar oraciones, de organizar las ideas estaba cambiando. “Era una ansiedad mezclada con vergüenza. Era una sensación de extrema incomodidad, como si fuera una pieza de un rompecabezas que había sido puesta a la fuerza en un lugar que no le correspondía. Me sentí rechazado por ese espacio. Pero no había forma de huir ni de despertar. Y entonces, todos los ojos de la nube voltearon, en un instante, hacía donde yo me encontraba. Giraban y avanzaban, pero no se me quitaban de encima”. Y poniéndose de pie, con una voz fuerte pero que sonaba lejana, ajena, distante, idéntica a la que había usado para tallar a su madre, dijo: “Y ahí fue donde un profundo saber se hizo presente”.

Quién de pronto se encontraba de pie frente a mí ya no era F. Ya no se trataba del joven que llegó con su madre, ni siquiera de aquel que había gritado “¡Basta!” hacía unos momentos. Se trataba de alguien diferente, o de algo diferente. Aún no sé si lo que vi fue cierto o no, pero lucía más alto y grande que hacía un segundo. De repente, F. (o aquella cosa que había tomado posesión del cuerpo de F.) llevó su mano derecha a sus lentes oscuros y, al retirarlos, me mostró la más espantosa y pesadillesca visión que nunca había visto. En lugar de un par de simples ojos, en el rostro del joven, se hallaban acumulados, encimados y apretados cientos de miles de ojos. Parecía que en cada cuenca ocular se hubiera vaciado un montón de caviar, pero, en lugar de inertes bolitas negras, eran ojos tan vivos y activos como los de cualquiera. Y se movían como ojos normales, y cada uno de ellos miraba como ojos normales, pero se atosigaban dentro de las cuencas y parecían siempre estar a punto de salir volando, disparados por la presión, o de caer en una infinita cascada de ojos.

Instintivamente comencé a hacerme hacía atrás, hasta que inevitablemente choqué con la pared del consultorio. Aquella cosa dentro del cuerpo de F. prosiguió entonces: “De lo que me di cuenta en ese momento era de que no estaba



frente a una entidad extraña, extracorpórea o distante a mi humanidad. Ese ser, esa presencia, era parte de cada uno de nosotros y si no éramos conscientes de su presencia era porque no éramos aptos para presenciara, a menos que estuviéramos muertos. Pero ahora el caso era el opuesto. No era yo quien había vislumbrado a este ser, sino que este ser me había buscado. Después de muchos, muchos años. Después de todos los años que ha habido, esta entidad que siempre había estado presente en nuestras vidas y cuya presencia había moldeado nuestro destino; aquel ente tan incomprensible e inevitable a la vez; aquel ser tan lejano, tan increíblemente lejano, pero a la vez al que pertenecemos desde que nacemos había, por primera vez, reparado en nuestra especie”.



>>”Y entonces también fui conocedor de sus objetivos. Pronto supe porque me había llamado, porque me encontraba en aquel plano que nombrar onírico era apenas verdadero. Es un ser caprichoso, vanidoso. Se sabe presente, se sabe perenne. Pero desea que todos a cuantos afecta sean conscientes de su totalidad, de su inevitabilidad. Quiere altares, templos, rezos. Quiero todo cuanto se le da a su contraparte quien no necesita pedir o exigir estos bienes para obtenerlos. La Muerte, como quienes han percibido antes esta presencia la han decidido nombrar, ahora viajará de persona en persona, haciéndose consciente en cada corazón, en cada mente y en cada alma. Haciéndose visible a quienes sean lo suficientemente sensibles para ver lo que sucede y castigando con dolor y pérdida a quien sea escéptico, a quien se niegue a arrodillarse ante su fulminante presencia”.



No supe después qué fue lo que sucedió. Perdí el conocimiento y, cuando desperté en un cuarto del mismo hospital, F. y su madre ya se habían ido. Por días no supe identificar si aquello que viví fue real, o tan solo el producto de un sueño. Cada noche revivía el momento en que esa cosa reveló los ojos de F., y despertaba en la madrugada agitada y sudada. Por eso, retrasé la entrega del reporte. Tal vez me negaba a escribir sobre lo sucedido para convencerme de que en verdad no había ocurrido. Pero mientras más pensaba en los hechos, más me convencía a mí misma de que todo aquello de verdad sucedió.

Decidí por fin escribir el reporte el día de hoy porque esta noche tuve el sueño de la pradera. El mismo que había mencionado y detallado F. Al igual que en la descripción que él dio, pude sentir como el sueño era vívido, pero era consciente de no estar despierto. Y cuando del oscuro cielo bajó aquella entidad, que ahora se nombra como La Muerte, pude experimentar la incomodidad y extrañeza que F. había mencionado. Pero hubo un terror que F. no supo describir esa tarde de octubre. El potente escalofrío que uno siente a la mañana siguiente y, al verse en el espejo, ve aquella masa ocular con la que han sido reemplazados sus ojos. Es a través de estos que La Muerte piensa viajar. Ver estos ojos, ver los ojos de La Muerte, induce el sueño, induce su presencia. Es mirar a La Muerte a los ojos lo que la invita a pasar y a apoderarse de tu cuerpo, de volverte un agente más de su infecciosa conquista.

Yo no pienso participar, no pienso ser tan solo una pieza más en su juego. Yo terminaré con mi vida tan pronto acabe este reporte para que el mal que se ha apoderado de mí no salte, no se disperse. Pero me urge terminar para que se sepa que me pasó, que me impulsó a cometer las acciones que a continuación tomaré. El rastro de F. se perdió. Es importante que quienes lean esto hagan lo imposible por buscarlo y atraparlo. Deben evitar a toda costa mirar sus ojos. Tal vez, incluso muerto, seguirán teniendo su efecto. Por eso optaré por el fuego. Reducir estos ojos del mal a cenizas es la única opción. Espero puedan hacer algo al respecto. Espero lean esto a tiempo. Espero puedan creer en todo cuanto aquí he escrito.

Tiene que ser directo, decidí, y me puse a escribir con valor, sin titubeos, resuelto a empezar. Al día siguiente tuve que volver al antiguo método. Sólo había escrito:  
"Estoy aquí, tembloroso, preparado, en espera de la idea que no llega"

**El libro vacío, Josefina Vicens**



ESPORA